

EL VOCABULARIO DE LOS SENTIMIENTOS EN *DON SEGUNDO SOMBRA*

Lo importante es encontrarse en la cima de uno mismo.

Ricardo Güiraldes

Don Segundo Sombra es una obra rica en espíritu, meditada con el espíritu, una talla interior, «un inmenso rezo inconsciente»¹. Ricardo Güiraldes ha dejado en cada palabra, en cada tramo del camino del resero el recogimiento expresivo nacido de su extrema sensibilidad, pues ha querido ser alma en el libro: «Las obras se hacen o se construyen fuera de uno, en una infinidad de circunstancias y aportes convergentes. Uno las traduce»². Entonces, si esto sucede, ese «fuera de uno» significa dentro de uno³. Dice Jorge Luis Borges: «En ese libro todo ocurre como si ocurriera por última vez. Hay una doma, y uno siente que es la última doma; hay un arreo de ganado, y uno siente que es el último arreo... Todo pasa por última vez. [...] no es una novela, sino una elegía, una admirable elegía»⁴.

De ese inmenso espacio de silencio que es el campo, gran útero de la novela, nace la celebración emocionada de hombres solo arropados por el viento y la lluvia, que se cuegan entre las ansias y se enredan en los galopes. Dice Güiraldes: «Nuestra raza nació de una raza muy vieja y de una tierra muy nueva. Sangre fue su agua de bautismo, y al salpicarse de rojo el damasquinado verde de la tierra, nació una amalgama de tierra y hombre, que fue nuestro parto original»⁵. Soledad absoluta, tristeza de pampa, donde «algo grande» se acuesta «en todas las sombras»⁶. La obra completa de Güiraldes está guardada en esta novela profunda —«relato», según él—, que es espejo de sí mismo, pues la ha encauzado con sus anhelos de espiritualización aunque en ella, como bien reflexiona, «lo por decir trasciende lo dicho»⁷.

¹ Ricardo GÜIRALDES, *Notas y apuntes*, Obras Completas, Buenos Aires, EMECÉ Editores, 1962, p. 724.

² «Carta a una persona no identificada, Buenos Aires, fines de 1926», *Del Epistolario*, Obras Completas, ed. cit., p. 795.

³ Escribe Güiraldes: «Tengo un sentido religioso, metafísico de la poesía. La considero nuestro camino y como tal no miro el lado de mis talones. Por algo ha puesto Dios mis pies en el sentido de mi mirada. ¿No soy pampa?», «Carta a Jules Supervielle, Buenos Aires, 15 de enero de 1927», *Del Epistolario*, Obras Completas, ed. cit., p. 797.

⁴ Roberto ALIFANO, «Güiraldes y Borges», *Proa*, ed. cit., pp. 36-37.

⁵ Ricardo GÜIRALDES, *El libro bravo*, Obras Completas, ed. cit., p. 548.

⁶ Ricardo GÜIRALDES, «1», *Poemas solitarios*, Obras Completas, ed. cit., p. 503.

⁷ Ricardo GÜIRALDES, *Notas y apuntes*, Obras Completas, ed. cit., p. 735.

En ese escenario, las palabras van tejiendo redes emocionales desde la oscura llegada hasta la plenitud de la partida, desde el momento en que el niño de catorce años, se siente abandonado, «guacho», sin nombre, hosco, huraño, prisionero, ansioso, sin armonía interior, sin un lugar donde ser; traga sus lágrimas y también llora, es decir, pide ayuda en silencio, hasta que, ya hombre, segundo nacimiento, sabe cuál es su camino, su ascenso a la verdad. El adjetivo «ansioso» denota «la impaciencia del deseo y el temor de no poder saciarlo»⁸; ese estado genera también angustia, que, etimológicamente, significa ‘estrechez, escasez, miseria’. Cada sustantivo, cada adjetivo revelan la opresión de vivir sin vivir, la lucha por vencer la indiferencia de los que le niegan el cariño y lo condenan a la soledad.

Primero le faltan los bienes que concede la compañía. Después, todo se llenará «de una gran presencia»⁹.

Cuando el resero sale de su calabozo, es decir de la casa de sus tías, para romper «con toda ligadura ajena», se lanza a la calle y libera la «alegría» y los «sentimientos cordiales» que esconde. Lleva consigo solamente «un par de botitas raídas» —el diminutivo revela apego—, las riendas, «el bozalito», «el cariñoso poncho» y unas escasas mudas. Es lo único que tiene, que lo protege, además de su coraje; es lo único que ama y que, al mismo tiempo, revela su interioridad. Lo impulsa la satisfacción de una existencia nueva.

Afuera todos lo tratan «con afecto». Se siente «centro de una tromba vital en elevación»¹⁰. El que estaba perdido por dentro encuentra la alegría fuera de sí mismo, y esta transforma su realidad. Pero esos sentimientos no duran demasiado: «Mi soledad se hizo mayor, porque ya la gente se había cansado algo de divertirse conmigo y yo no me afanaba tanto en entretenerla» (Cap. I). Una vez más, toma conciencia de que está solo.

Don Segundo Sombra aparece rodeado de misterio, *misterium fascinans*; hombre de pocas palabras, sereno, «que inspira en la pampa una admiración interrogante» (Cap. II). Este es el personaje, especie de *bisagra* que genera el cambio en la vida vagabunda del gauchito, el que le enseña el nuevo camino. Así lo demuestra la pelea con el tape Burgos, quien, borracho, lo provoca, lo desafía. El niño, que ya siente simpatía por ese hombre fuerte que lo hará fuerte, se pone de parte de don Segundo: «Luego me senté en el umbral, esperando, con el corazón que se me salía por la boca, el fin de la inevitable

⁸ José Antonio MARINA y Marisa LÓPEZ PENAS, *Diccionario de los sentimientos*, 4.^a edición, Barcelona, Anagrama, 2000, p. 72.

⁹ Ricardo GÜIRALDES, «1», *El sendero*, Obras Completas, ed. cit., p. 517.

¹⁰ «7», *Poemas solitarios*, ed. cit., p. 506.

pelea» (Cap. II). «Desafiar» implica ‘deshacer la promesa de no hacer daño’. «Un desafío —dicen José Antonio Marina y Marisa López Penas— obliga al desafiado a contestar [...], si no quiere aparecer como un incapaz o un cobarde. Cuando alguien no responde al desafío se deshonra a sí mismo»¹¹. El reto pone en juego el prestigio social, el honor del desafiado. Don Segundo le perdona la vida, y el matón, «como gesto de gratitud», pone el facón roto a su servicio: «Yo v’i a hacer componer este facón pa cuando usted me necesite» (Cap. II). El vencido muestra, pues, su sentimiento de nobleza, que sella con un apretón de manos. Don Segundo lo acepta.

Esta es la primera lección que recibe el reserito del hombre de San Pedro, cuya integridad lo mueve a seguirlo casi sin darse cuenta, en estado de arrobamiento: «Al lado de don Segundo, que mantenía su redomón al tranco, iba yo caminando a grandes pasos» (Cap. II). Esos «grandes pasos» revelan alegría y, al mismo tiempo, su intención irresistible de alcanzarlo para ser otro. Son metáfora de su admiración y de su elogio. Algo grande lo ha sorprendido. Sus ojos ya no miran lo que han mirado; saben algo más; miran con aprecio, con respeto a este hombre digno, que, sin exabruptos, sabe ocupar su lugar. Se le ha abierto el corazón, y quiere ser «más capaz». Aclara Regina Freyman que «el filósofo Henri Bergson dice que la atracción del héroe reside en la admiración del hombre común por el comportamiento excelente y por el deseo de imitación. La persona admirada está dotada de mérito y autoridad, a partir de eso aparece el respeto, el liderazgo y la deferencia»¹².

La nostalgia, el dolor, el peligro, el coraje, el orgullo, el amor, el impulso de la voluntad, la belleza y hasta el completo olvido del cuerpo van esculpiendo la senda que conducirá a Fabio a la cima de sí mismo, a vivir por sí mismo como hombre cabal, y al sentimiento de dejar de ser lo que fue para pertenecer definitivamente a su tierra: «De ningún modo volvería a hacer el vago por las calles aburridas» (Cap. V), «en la aburrida bruma» de su infancia (Cap. X). Se va con los hombres para serlo y para encontrar otra vez la protección de su «mama» en la armonía arisca de la pampa «maternal y enorme»¹³, «pretexto de vagabundas ansias de partir sin meta»¹⁴. Quiere estar en alguna parte, pero sabe que, para lograrlo —como dice Güiraldes—, «hay que amar algo y el amor no está en la total posesión del objeto, [...], sino en la conservación de una

¹¹ José Antonio MARINA y Marisa LÓPEZ PENAS, *op. cit.*, pp. 21-22.

¹² Regina FREYMAN, *Mis héroes*, 21 de octubre de 2011 [en línea].

<http://www.etcetera.com.mx/articulo/mis_heroes/9750/> [Consulta: 28 de septiembre de 2014].

¹³ Ricardo GÜIRALDES, *El libro bravo*, Obras Completas, ed. cit., p. 549.

¹⁴ Ricardo GÜIRALDES, *Pampa*, Obras Completas, ed. cit., p. 553.

distancia que [...] haga el objeto siempre necesario (pasionalmente) y nunca poseído»¹⁵. De acuerdo con una cita de Ivonne Bordelois, Roberto Arlt se refiere a «la gran luz de amor»¹⁶ que hay en esta obra. La bonhomía hasta se atisba en un gesto: «El domador se levantó, me palmeó la espalda y se fue...» (XXII).

El léxico afectivo permite ver a los personajes desde dentro; genera otra obra, la que escribe el alma a lo largo de la vida en silencioso recogimiento y con la fuerza que da la libertad plena. Escribe Güiraldes: «Poder mirar y gozar las bellezas de la alegría, la salud, el amor, la vida, sin pensar en su relación con nosotros, debe ser la gran paz interior»¹⁷. Esa otra escritura que intuimos, esa búsqueda del más allá de su protagonista, confirma las palabras de Güiraldes: «De la idea o el sentir de un hombre nacen miles de ideas y sentimientos en otros hombres»¹⁸, es decir, en los lectores. Desde el punto de vista afectivo, la obra es un largo monodialogo de Fabio; los diálogos adyacentes solo van sosteniendo la trama narrativa:

Asaltado de dudas, repetí al decir de Valerio: "Pa empezar, toditos somos güenos". ¿Me vería yo vencido después de mi primer ensayo? Eso sólo podría decirlo el futuro; por el momento, lejos de arredrarme sentí un gran coraje, y tuve la certeza de que me había de romper el alma antes que ceder a las fatigas o esquivar algún peligro del arreo.

Tan valiente me juzgué que resolví ensillar, en la primera parada, mi petiso potro, y así demostrarme a mí mismo la decisión de tomar las cosas de frente. La mañana invita con su ejemplo a una confianza en un inmediato más alto y yo obedecía tal vez a aquella sugestión (Cap. VII).

En este fragmento que corrobora nuestra afirmación, hay una palabra clave que resume el afán del resero: «coraje», la cualidad más valiosa para don Segundo: «... el hecho de vencer, grande y continua tarea gaucha, me llenaba de un vigor descarado a fuerza de confianza» (Cap. XXIII). Si nos atenemos a su etimología (del latín vulgar *coraticu*, ‘el corazón como lugar donde residen los sentimientos y las emociones’), valor, valentía, denuedo, intrepidez están en él para alentarle a enfrentar peligros con confianza en sus propias fuerzas: «Había que concluir de una vez y, tomando mi coraje a dos manos, después de haberme acomodado del modo que juzgué más eficiente, di la voz de mando» (Cap. VII). Por eso, uno de los personajes, Pedro Barrales, lo define así: «Es de los que mueren matando» (Cap. VIII).

¹⁵ Ricardo GÜIRALDES, «A Jules Supervielle, Buenos Aires, 15 de enero de 1927», *Del Epistolario*, Obras Completas, ed. cit., p. 797.

¹⁶ Palabras que aparecen en una carta que Arlt envió a Güiraldes después de la publicación de *Don Segundo Sombra* (Citado por Ivonne BORDELOIS, *Un triángulo crucial. Borges, Güiraldes y Lugones*, ed. cit., p. 98).

¹⁷ Ricardo GÜIRALDES, *El sendero*, Obras Completas, ed. cit., p. 531.

¹⁸ *Ibidem*, p. 543.

Alegría, coraje, peligro, voluntad, cuatro palabras que galopan la novela para descifrar el infinito de la pampa que lo acoge y lo delata, para ser canto de su florecimiento: «Al dejar que entrara en mí aquel silencio, me sentí más fuerte y más grande» (Cap. VI). Este fragmento de la novela se relaciona con otro del poema «Noche», de Güiraldes: «Desde mi silencio conoceré tu silencio»¹⁹. La soledad no lo abandona —en soledad, la vida del hombre se va transformando en una obra de arte—, pero no es dolorosa, es fecunda, serena. Advertimos este sentimiento en el poema en prosa «Pampa»: «Yo te pronuncio en grande, como una ascensión rezada, como una sensación de sol matinal corriendo de este a oeste sobre tu lomo eterno, como un conjuro mágico creador de un mundo más vasto que el de mis sentidos»²⁰.

Los «insulsos días» de su existencia pueblera contrastan con los de su nueva vida: primero, la oscuridad, el encierro, la ausencia de afecto; ahora, la luz; el espacio inconmensurable; el maestro don Segundo, un ser libre, cuyo cariño austero lo convierte en «hombre de pampa» y le enseña a amar cada tramo del difícil camino. La palabra «admiración» —‘ver con aprecio y respeto’— resume en la obra el sentir de Fabio y, al mismo tiempo, señala un nuevo contraste: antes no podía admirar a nadie; ahora la admiración por el hombre de «andar perpetuo», por el guía elegido, desborda su ser porque le ha dado valores en los que puede confiar, porque tiene en las manos «cosas de la vida».

Ha atravesado el umbral que separa su primera vida triste de niño-adolescente, en la que prima lo exterior, de su vida de hombre cabal, en la que se sublima lo interior:

—¿Y usted? —interrumpí con brusquedad.
—Yo te acompaño —fue su contestación tranquila.
Sintiendo aquel cariño a mi lado, la rabia se me transformó en congoja (Cap. XXV).

Haber cruzado ese umbral refleja la madurez de Fabio y denota un paso hacia la trascendencia.

El amor es fugaz, pero lo llena de «una exaltación incómoda» (Cap. V). Aurora, la chinita alegre de ojos maliciosos, aleja la timidez del niño y enciende su rudimentaria pasión de adolescente:

—¿Me querés, prendita?

Ese nuevo sentimiento lo fortalece para emprender los duros trabajos del camino.

¹⁹ *Poemas*, Obras Completas, ed. cit., p. 577.

²⁰ *Ibidem*.

Un extraño tropel de sentimientos, en mí intactos, se me arremolineaban en la cabeza: ternura, tristeza (Cap. XXV).

Respecto del sentimiento religioso, el hombre de campo tiene siempre a Dios en su boca con temor, con respeto y con la certeza de que todo le pertenece a su Creador: los humanos y la tierra que pisan. Escribe Güiraldes que el gaucho «tiene sus principios morales y esto lo prueba diciendo como elogio entre los elogios “es un gaucho de ley”; tiene su filosofía casi religiosa en que admite potencias superiores encarnadas por el “destino”, la “suerte” y lo “que está escrito”. Dios interviene en el mismo sentido que los conceptos anteriores, como fuerza incontrastable a la cual se somete»²¹. Varias expresiones lo confirman: «graciah’a Dios»; «si Dios quiere»; «como Dios manda»; «la gracia de Dios»; «Nómbrese a Dios»; «¡Dios me perdone!»; «sin gracia de Dios»; «Me encomendé a Dios»; «¡Dios ampare las osamentas»; «por esas calles de Dios»; «... la pampa de Dios...». En dos oportunidades relacionadas con las mujeres —Paula, que lo atrae intensamente, y tres muchachas muy feas—, Fabio usa primero con emoción y luego con cierta ironía el nombre de Dios: «—No ser Dios —comenté— pa poderla olvidar tan fácil cuando me vaya (Cap. XVIII)»; «Si Dios se había acordado de ellas, debió ser en un día de mal humor» (Cap. XIX). Por eso, dice con gracia: «Que Paula y las otras se llamaran igualmente mujeres era una verdad que no entraba en mis libros» (Cap. XIX).

La amistad con sus iguales, a pesar de estar signada por las circunstancias, es sólida: «Entretanto, en las casas, me había hecho de un amigo» (Cap. XXIII); «¿Morir de una puñalada, allí en el callejón? Todo me parecía bien, salvo el falso respeto y el distanciamiento de mis amigos» (Cap. XXV). Don Segundo peregrina con Fabio hasta el final del camino en que aparece Raucha, gracias al que se convierte en hombre culto:

Nuestra amistad se había sellado muy pronto, ofreciéndonos como prenda de simpatía el gusto de intercambiar potros. [...]. Nuestro compañerismo, por cierto, no podía haberse cimentado mejor ni de modo más gaucho. Para dos muchachones que andaban a caballo, de sol a sol, era una forma de estar siempre presentes el uno para el otro (Cap. XXVII).

No existe amistad entre don Segundo Sombra, «portentoso andador de caminos y llanuras»²², y Fabio, pues la veneración no la requiere. Los une más que una amistad:

²¹ Ricardo GÜIRALDES, *Semblanza de nuestro país y otros escritos. Antología*, de Ramachandra Gowda, Buenos Aires, Ediciones Búsqueda, 1982, p. 86.

²² «Prólogo» del personaje narrador, Fabio Cáceres, que —según Élide Lois— se conserva «en tarjetas manuscritas sin fechar» en el Archivo Güiraldes, de Ramachandra Gowda. Se ha omitido en las siguientes ediciones.

Para don Segundo yo seguía siendo el mismo guachito y quise significarle
mi gratitud dándole un título que nunca, hasta entonces, se me había ocurrido:
—Stá bien, Tata (Cap. XXV).

Por eso, la separación es dura: «Bajo el tacto de su mano ruda, recibí un mandato de silencio²³» (Cap. XXVII), un silencio contemplativo, que se abre a la revelación, que abraza con grandeza la angustia de la despedida y lo obliga a enfrentarse consigo mismo en la intimidad de su libertad interior. Ese silencio digno, ese afecto compartido sin palabras, con una sonrisa, los transporta más allá de la realidad, a una dimensión sin tiempo en que ambos pueden cerrar una historia para separar sus destinos²⁴. Cuando se aleja don Segundo, no es extraño que el joven presenta cada galope laborioso de su caballo y que se aferre a su imagen hasta que se pierda en la pampa infinita. El paralelismo de las acciones remueve, sin duda, los recuerdos del que ayer era un pobre reserito, un «hijo del desamparo» (Cap. III). El hombre grande, que recién llegaba al pueblo, se le había aparecido como una visión que conservaba muy adentro: «Inmóvil, miré alejarse, extrañamente agrandada contra el horizonte luminoso, aquella silueta de caballo y jinete. Me pareció haber visto un fantasma, una sombra, algo que pasa y es más una idea que un ser, algo que me atraía con la fuerza de un remanso...»; «... la estampa significativa de aquel gaucho, perfilado en negro sobre el horizonte» (Cap. II). Ahora don Segundo se va —siempre está de paso— y, quizá, para no regresar. El desprendimiento es doloroso y se resume en un verbo —«Me fui como quien se desangra»—, que corrobora y enfatiza el sentir de Güiraldes: «... lo por decir trasciende lo dicho...»²⁵.

Las confesiones de Fabio —esas «líneas de alma sencilla» (Cap. XXVII)— pueden traducirse en lo que expresa Fernando Pessoa, contemporáneo de Güiraldes, en el *Libro del desasosiego*: «Si escribo lo que siento es porque así disminuyo la fiebre de sentir. [...]. Hago paisajes con lo que siento»²⁶. Esos paisajes constituyen la consagración de un

²³ Según el hinduismo, que influyó en Güiraldes, el silencio es de los sabios, de los que poseen el máximo conocimiento.

²⁴ En *Don Segundo Sombra*, se advierte la influencia que ejerció la India —sobre todo, Mahatma Gandhi— en el autor, pues este buscaba la disciplina espiritual. En toda la obra, prevalece un pensamiento de Gandhi: «Nuestra recompensa se encuentra en el esfuerzo y no en el resultado. Un esfuerzo total es una victoria completa» (<<http://www.guioteca.com/cultura-india/mahatma-gandhi-sus-10-mejores-frases-celebres/>> [Consulta: 25 de enero de 2015]).

²⁵ Ricardo GÜIRALDES, *Semblanza de nuestro país y otros escritos. Antología*, ed. cit., p. 98.

²⁶ «Capítulo V» [en línea].

<http://www.medellindigital.gov.co/Mediateca/repositorio%20de%20recursos/Pessoa,%20Fernando/Pessoa_Fernando-Libro%20Del%20Desasosiego.pdf> [Consulta: 22 de enero de 2015].

hombre, que ahora tiene nombre y apellido: Fabio Cáceres, y la libertad de ser él mismo.